

Edgardo Civallero

Cartas desde la biblioteca

- parte I -



Fundación
Charles Darwin
Foundation
GALAPAGOS

Edgardo Civallero

Cartas desde la biblioteca

- parte I -



Fundación
Charles Darwin
Foundation
GALAPAGOS

Edgardo Civallero

Cartas desde la biblioteca : Parte I / Edgardo Civallero .-- Santa Cruz, Galápagos : Fundación Charles Darwin, 2023.
il. col. ; 55 páginas ; 21 x 21 cm.

© Edgardo Civallero, Fundación Charles Darwin
© de esta edición: Fundación Charles Darwin, 2023

Edición y diseño: Edgardo Civallero

Esta publicación tiene el número de contribución 2554 correspondiente a la Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos.

Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos
Santa Cruz, Islas Galápagos, Ecuador

Edgardo Civallero

Cartas desde la biblioteca

- parte I -

*Proyecto Galapagueana
Galapagueana para llevar*

Fundación Charles Darwin
Biblioteca, Archivo y Museo
Puerto Ayora - Santa Cruz
Islas Galápagos - Ecuador - 2023

"Cartas desde la biblioteca" es una columna periódica y bilingüe publicada desde 2020 en el blog de la Fundación Charles Darwin para las Islas Galápagos (FCD) y desde 2022 en la plataforma *Galapagueana*. En ella, el autor, coordinador del área de Biblioteca, Archivo y Museo de la institución entre 2018 y 2023, comparte las historias detrás de muchos documentos de la colección.



#01

Una postal de amor

Era una postal. Apareció entre varias cajas de papeles que alguien decidió descartar en la FCD y que, por ende, vinieron primero a parar a mis manos para ver si había algo útil o valioso para el archivo. Y lo había. Prácticamente todo era material interesante. Aunque estuviera comido por la humedad, la suciedad, los insectos y otros seres vivos (como el par de salamandras que salieron de las cajas en cuanto las abrí).

Decía que apareció, y me llamó la atención porque las postales no son elementos muy habituales entre el material que preservamos en el archivo, la memoria histórica y social de nuestra comunidad. Pero allí estaba ella, mostrándome, en su cara ilustrada, una tropilla de camellos cruzando una carretera en algún punto desértico del planeta. Nada del otro mundo. No hubiera tenido ninguna razón para conservarla, si no hubiera sido porque le di la vuelta y me encontré con un texto en inglés que empezaba con un "Dear M."

Aquello era una postal de amor. Una mujer que había conocido a un hombre — probablemente un viejo miembro de la FCD— durante un proyecto de investigación en un país del Cercano Oriente, y había tenido una breve pero intensa historia con él. Sus palabras eran las de alguien que había amado y que sabía que probablemente jamás volvería a ver a la persona que fue objeto de sus sentimientos. Eran un "adiós" y un "gracias" dulcísimos. Una maravilla.

Y allí estaba yo, veinte años después, ignorante de la identidad de los protagonistas de esa historia y de su destino final, pero sabedor del enorme valor de aquel retazo de realidad que tenía entre las manos. Decidí conservar la postal. Porque todos aquellos que trabajamos con patrimonio cultural, conocimiento, información o artefactos históricos necesitamos recordarnos, de vez en cuando, que los elementos que recuperamos, organizamos, visibilizamos y divulgamos fueron, son y serán parte de una historia.

Una historia humana, en donde hay personas que escriben unas líneas para agradecer el amor recibido. Y otras que guardan esas líneas a pesar de conocer los efectos de la distancia, el tiempo y el olvido. Quizás para que alguien como yo las encuentre y recuerde —o aprenda— que la vida es, también (o sobre todo), esos pequeños, grandes momentos. Y que las bibliotecas, los archivos y los museos estamos aquí para rescatar y atesorar, sobre todas las cosas, esos fragmentos. Esos que se esconden tras un libro, un retrato o una vasija.

O una postal de camellos cruzando una carretera.

Qui IS NOT PERMITTED TO READ WHEN YOU

PLEASE DO NOT LEAVE BOOKS
OR MAGAZINES IN THE WASHROOM

NOTE: Scientific articles are not to be used as toilet paper.)

THANKS

POR FAVOR - NO DEJAR LIBROS
O REVISTAS EN EL SERVICIO.

#02

En el baño

La historia de la lectura en el baño aún debe ser escrita.

Y hablo de "historia" porque asumo que desde aquel pretérito y glorioso momento en el que el ser humano inventó el inodoro —o algún artilugio similar en el que sentarse para...— surgió la necesidad de leer. Para pasar el rato, nomás. Me animaría a agregar que, mucho antes de eso (o quizás en paralelo), los materiales de lectura empleados como entretenimiento durante ese proceso fisiológico tan natural tuvieron un uso complementario como elementos de higiene personal. O, al menos, eso es lo que cuenta la tradición oral.

La realidad es que existe una innegable costumbre de llevar lectura al baño. Es más: existen "bañotecas" o bibliotecas de baño (esas *bathroom libraries* que son toda una tendencia en Pinterest...). He conocido algunas personalmente, y en ellas me he encontrado joyas literarias como la *Divina Comedia* de Dante Alighieri, en la edición ilustrada por Gustave Doré, o el *Diccionario del Diablo* de Ambrose Bierce, una sátira francamente recomendable tanto dentro como fuera del *toilette*.

El caso es que los bibliotecarios tenemos serios problemas con ese tipo de "bibliotecas". En realidad, nuestro nivel de histeria se eleva a niveles estratosféricos ante cualquier ambiente, individuo u objeto que pueda poner en riesgo la inmaculada blancura de las

páginas que cuidamos o la encuadernación de los libros que catalogamos con tanto mimo... A decir verdad, somos un gremio de paranoicos.

Mis antecesores en la biblioteca de la FCD no fueron la excepción. A ellos también les disgustaba profundamente la idea de que los libros tan arduamente traídos desde el continente a las islas —en épocas en las que las comunicaciones no eran tan buenas como ahora— se vieran mancillados en los servicios higiénicos de la Estación Charles Darwin por alguno de esos seres que no podían contener las ansias de leer en cualquier parte. Y desarrollaron sus propias estrategias para lidiar con ese asunto.

De esas estrategias quedaron pruebas. Las hallé, como no podía ser de otra forma, en nuestro archivo, almacén de buena parte de nuestra memoria institucional: esas pequeñas y grandes cosas que nos hacen quienes hoy somos.

Revisando una vieja caja llena de papeles arrugados y medio destrozados, di con una carta dirigida en el 2000 por una antigua colaboradora de la FCD, Phyllis Bentley, a uno de nuestros antiguos directores, Alan Tye. Para aquellos que hayan nacido en la era de Internet y el correo electrónico, me apresuraré a explicar que una "carta" era un sobre de papel (con remitente, destinatario, estampillas, sellos...) dentro del cual solían incluirse elementos varios, incluyendo mensajes. En este sobre en particular, comido por el tiempo y la eterna humedad isleña —y marcado por las mandíbulas de lo que supongo serían varios coleópteros hambrientos de celulosa— había una nota manuscrita y varias fotos. La nota, dirigida a Alan, rezaba en inglés: "Some more pictures for your amusement" (algo así como "algunas imágenes más, para tu entretenimiento").

Y entre las fotos incluidas se encontraba la que comparto: un cartel bilingüe colocado en uno de los baños de la Estación (concretamente, en el baño de la "biblioteca, archivo y museo", es decir, los de la actual sala de conferencias) hacia 1982-3, rogando a los usuarios que, si alguno llevaba libros para leer allí, al menos tuviera la bondad de no provocar pesadillas y cólicos en el bibliotecario de turno y... ¡no los dejara en ese lugar!

[Como era de esperar, algunos colaboradores anónimos y espontáneos, de esos que nunca faltan, agregaron jocosas notas personales al cartel].

Tras carcajearme un buen rato, separé la foto y la guardé en una de las cajas en las que almaceno materiales que considero valiosos. Y lo hice por todo lo que esa imagen representa. No solo la histeria bibliotecaria en su máxima expresión —lo cual es una buena razón en sí misma— sino el excelente humor de quien tomó la foto y tuvo el detalle de enviarla, tiempo más tarde, como un recuerdo simpático de su trabajo en las Galápagos. Y, por supuesto, ese detalle humano del cartel: uno de esos que salpimientan la vida cotidiana en cualquier espacio de trabajo. Algo que, a fin de cuentas, también es parte de la historia y de la identidad de la Estación Charles Darwin.

Y que habla bastante bien de los habitantes de esa Estación, lectores tan abnegados que llevaban sus lecturas incluso al baño. Y salían de ese recinto tan absortos en lo que habían estado leyendo...

...que olvidaban el libro junto al inodoro.

[Corro a tomarme un té de tilo. La sola idea de "libro junto al inodoro" me ha disparado todas mis paranoias bibliotecarias. Cosas del oficio...].



#03

Con un lobito en el regazo (I)

El archivo de la FCD posee una sección audiovisual que, si bien no es extensa, es rica en contenidos, a cuál más interesante. Se trata de un acervo que incluye cientos de fotografías en papel, diapositivas de todas las épocas (con marcos de vidrio, metal, plástico y cartón), negativos e impresiones de negativos, películas y videos en todos los formatos producidos por la industria —incluyendo unos cuantos rollos del tristemente famoso nitrato de celulosa—, audio en casetes, y los soportes magnéticos y ópticos que resultan más familiares a las nuevas generaciones: disquetes, discos ZIP, CDs y DVDs.

Es un verdadero caleidoscopio de formatos: el paraíso para un bibliotecólogo interesado en conocer cómo fueron evolucionando los medios a través de los cuales los seres humanos hemos ido intentando salvar recuerdos del olvido y traspasar información a las siguientes generaciones. Pues, al fin y al cabo, de eso se trata todo este asunto en el que nos afanamos bibliotecarios, archivistas y afines.

De entre todos los documentos del aún incompleto inventario del archivo audiovisual, los que llaman más la atención y provocan el interés de propios y ajenos son los más viejos. Quizás porque rescatan de las fauces del tiempo hechos, paisajes y personas de los que difícilmente queden más rastros que aquellos que sobrevivieron plasmados en el material que tenemos delante. Y que se mantienen ahí a duras penas, vale aclarar.

La colección de fotos más antigua del archivo de la FCD es, hasta el momento (y digo "hasta el momento" porque continuamos abriendo cajas y descubriendo cosas semana tras semana), el llamado "álbum Nourmahal", una colección de fotografías impresas en papel y tomadas en 1930.

La Red de Redes nos cuenta que el *USS Nourmahal* fue un barco de unos 80 m de eslora, construido en 1928 como un yate de recreo para el multimillonario estadounidense Vincent Astor en los astilleros Krupp de Kiel, Alemania. Era el tercer yate de la familia Astor que llevaba ese nombre (que en hindi significa "Luz del palacio" y pertenece a la heroína de un poema incluido en *Lalla Rookh*, una novela de Thomas Moore de 1817). La portada de la revista *Time* del 6 de febrero de 1928 lo proclamó el mejor de su época. En 1940 la embarcación fue adquirida por la Guardia Costera de los EE.UU. por un millón de dólares, y en 1943 fue convertida por la Marina de ese país en una cañonera para afrontar la II Guerra Mundial. Por suerte para ella, jamás precisó entrar en combate. En 1946 fue decomisionada, y en 1948 se la abandonó. Su historia terminó en 1964, cuando fue vendida a chatarreros por 27.000 dólares y desarmada.

Entre 1928 y 1942, más allá de los usos meramente recreativos, el barco fue utilizado con fines filantrópicos, incluyendo el de servir de medio de transporte a varias expediciones naturalistas. En concreto, entre el 23 de marzo y el 2 de mayo de 1930, Vincent Astor trajo a Galápagos a un grupo de científicos estadounidenses, en un viaje de recolección de muestras. Los investigadores pertenecían al Acuario de Nueva York, al Museo Americano de Historia Natural y al Jardín Botánico de Brooklyn. El álbum "Nourmahal" muestra detalles de esa travesía, panorámicas de la naturaleza boscosa y

exuberante de la parte alta de Santa Cruz, y momentos de los procesos de identificación, colecta y manejo de especímenes.

Y entre ellas, una que resulta curiosa es la que comparto: un marinero con una cría de lobo marino en el regazo.

La imagen llama la atención por la forma en la que se trataba a la fauna silvestre isleña en aquel entonces. Un trato que se prolongó hasta tiempos recientes y que quedó reflejado en otras fotografías, mucho más cercanas cronológicamente, y también conservadas en nuestro archivo.

En su conjunto, el álbum "Nourmahal" es un valioso material histórico que documenta unas prácticas académicas y científicas, frutos de su época, que hoy generarían al menos cierto debate, aunque tal trabajo componga el cimiento de lo que hoy se sabe sobre Galápagos. Desde la óptica actual, muchas de las expediciones científicas de aquellos tiempos llevaron a cabo verdaderos saqueos a la biodiversidad galapagueña.

Personalmente, cada vez que le echo un vistazo a la foto dejo de lado los asuntos académicos o las disquisiciones éticas y termino preguntándome quién sería aquel marinero, qué sentiría al cargar al lobito en el regazo, o cuál sería el destino de aquel animal.

Pues las imágenes que conservamos en bibliotecas y archivos tienen la capacidad de enviarnos a otros tiempos y lugares, en una experiencia personal e íntima de "viaje al

pasado". La magia de esos pequeños fragmentos de memoria e historia —encapsulados sobre un papel o un cuadradito de película fotográfica— radica en que, como si fueran ventanas, nos permiten conectarnos directamente con aquel momento ya ido y con sus protagonistas. Con un mínimo esfuerzo de la imaginación, y si nos dejamos llevar, nos permiten incluso sentirlos cerca, respirar el aire que respiraban, oír sus voces...

Y eso incluye a ese marinero que trabajó en uno de los mejores yates de su época y vino a las Encantadas a principios del siglo pasado, y a un pequeño lobo galapagueño que fue arrancado de sus islas natales para afrontar un viaje sin retorno y con un destino incierto.

little ones.
Their tail curved



to touch them
reaches slowly & on
their level. They
moyed.

good bathes. Then
of cold sausage,

T
Da
ca
lu
of
do
lea
&
p
G
ab

#04

El diario de Georgina

El cuadernito estaba envuelto en un cartón celeste, pulcramente plegado a modo de protección. Ahí, en el interior de esa suerte de caja, se había mantenido invisible por años. Nadie parecía haberlo pedido para consulta en sala, de forma que su tranquilidad no se había visto turbada en absoluto. Dormía el sueño de los justos, plácidamente, en el rinconcito de uno de los estantes de madera de la biblioteca que alguna mano amiga le había asignado en suerte. Supongo que por eso, por esa falta de visibilidad, había logrado eludir mis radares.

Ocurre que el cuadernito del que les hablo no pudo mantener su anonimato mucho más tiempo: le tocó revisión. Una revisión general de nuestros fondos que implicó, entre otras cosas, la re-catalogación y el reprocesamiento físico (sellado y re-etiquetado) de todos y cada uno de nuestros libros, y que lo arrancó de su hasta entonces bien garantizada invisibilidad.

Al sacarlo de su estuche celeste, una de mis compañeras —a la que le tocó en suerte la revisión de ese documento en particular— me lo mostró. Creo que ambas ya conocen mi gusto por los papeles viejos y las antiguallas.

Era un pequeño cuaderno de notas, de papel amarillento y renglones azules, forrado en una tela parduzca que quizás fuese blanca o crema en el pasado, antes de que el tiempo le diera su propia pátina, y con una nota manuscrita en la tapa.

Diary of Galapagos.

No me sonaba haber visto ningún documento con ese título en nuestra colección...

[...y aquí haré un paréntesis y me apresuraré a explicarles, no sin cierto sonrojo, que los bibliotecarios no siempre conocemos toda nuestra colección, ni nos hemos leído todos nuestros libros... Excepto en los casos de inventario general, pocas veces tocamos siquiera la totalidad de nuestros fondos... Y aunque los toquemos y revisemos, a veces no conocemos los contenidos de esos libros y esas cajas. Solemos ir (re)conociendo nuestros fondos con el tiempo, de acuerdo a los pedidos de nuestros usuarios, o a nuestras propias investigaciones: esos viajes en los que algunos bibliotecarios nos embarcamos y que nos llevan a navegar durante años por nuestros estantes...]

...y como no me sonaba crucé los dedos y quise suponer que me encontraba ante una de esas joyitas que podían contener sorpresas.

Y vaya si las contenía...

Aquel "diario de Galápagos" resultó ser la bitácora de viaje de Rosamond Georgina Lloyd, la esposa de un químico / botánico británico llamado Thomas Taylor. Junto a él,

Georgina estuvo en Galápagos en 1938-9, como parte de la expedición científica liderada por el hoy célebre (y entonces desconocido) David Lack.

El diario es un tesoro por muchas razones. Porque es un documento original, manuscrito e inédito, y está perfectamente conservado. Porque fue donado específicamente por Georgina a G. T. Corley Smith, miembro de la FCD e impulsor de nuestra biblioteca. Porque describe el viaje entero, desde su salida de Londres hasta su llegada a la misma ciudad varios meses después, con lujo de detalles, y desde una perspectiva cotidiana y personal. Porque es la voz de una mujer, que entonces se escuchaba poco. Porque es la voz de una no-científica participando en una expedición científica, y dando su propia opinión sobre lo que veía (la cual no siempre fue amable). Porque es la voz de una británica de clase alta hablando sobre Sudamérica. Porque la expedición residió en Santa Cruz y Georgina describe la vida en Academy Bay a principios del siglo XX, y su convivencia con personajes como los hermanos Angermeyer, el capitán Stampa o el matrimonio Kübler y su hija, una Carmen (hoy Angermeyer) que entonces no superaría los 10 años. Porque describe en primera persona paisajes y especies nativas, e investigaciones que entonces estaban en curso y que luego marcaron la historia de la ciencia en Galápagos (la de Lack con los pinzones, o la del propio Taylor con los pigmentos vegetales). Porque deja ver sin ambages muchos tics (racistas, clasistas, sexistas) y, asimismo, muchos comportamientos que resultaban avanzados para una mujer de la época...

Así de sorprendentes, interesantes, e incluso conmovedores, pueden resultar esos puñaditos de hojas que resguardamos, con todo el cuidado posible, en los estantes de nuestra biblioteca y en las cajas de nuestro archivo.

Quisiera cerrar estos apuntes compartiendo un fragmento del *Diary of Galapagos*. Son las notas que Georgina garrapateó en su cuaderno el domingo 2 de abril de 1939, cuando dejó las islas (para jamás volver). Creo que las que apuntaré yo en mi propio diario cuando me vaya de aquí no serán muy distintas.

"Goodbye, Indefatigable; good bye, all you people, who have been so kind to us, and who quarrel so fearfully among yourselves; good bye, the iguanas and tortoises and turtles, and the birds under the cliff, and the night herons who bark and grunt at sunset; good bye, nice dogs sitting on the balcony silhouetted against the sky, and the five cats slinking among the palms and the papayas, and the wild donkeys who all night long keep up an interminable chorus all over the island.

Good bye, Galapagos".

CHARLES DARWIN
AMINTIRI DESPRE DEZVOLTAREA
GÎNDIRII ŞI CHARACTERULUI MEU
AUTOBIOGRAFIA
(1809—1882)

ЧАРЛЗ ДАРВИН
ВОСПОМИНАНИЯ
О РАЗВИТИИ МОЕГО УМА
И ХАРАКТЕРА
(АВТОБИОГРАФИЯ)
—❁—
ДНЕВНИК РАБОТЫ
И ЖИЗНИ

Полный перевод с рукописей Ч. Дарвина,
вступительная статья и комментарии
проф. С. Л. СОБОЛЯ

#05

Darwin en la torre de Babel

La figura de Charles Darwin —la del Darwin científico, pero también la del pensador, la del creyente, la del ciudadano— lleva más de un siglo llamando la atención de especialistas y profanos por igual. No en vano sus ideas revolucionaron el pensamiento académico decimonónico, y aún hoy continúan provocando debates e inspirando estudios y avances en numerosos campos y disciplinas.

La gravedad de semejante astro ha atraído a su alrededor a innumerables satélites: una miríada de autores decididos a describir al británico, su vida, sus viajes y sus publicaciones desde todos los puntos de vista posibles, alcanzando niveles de detalle a veces exagerados. Y eso a pesar de que la voluminosa obra darwiniana ya cuenta, entre otros textos, con una autobiografía oficial. Y con el detallado diario de viaje del *Beagle*, que por cierto ayudó a que esa travesía terminara convirtiéndose en una de las expediciones científicas más célebres de la historia occidental.

Quizás entendiendo que las palabras del "padre de la evolución" no necesitaban de más intérpretes y apologetas, algunos especialistas en el trabajo y la vida de Darwin han aportado su grano de arena de otra forma: traduciendo sus obras. Volcando las ideas del insigne científico a otros alfabetos, otras gramáticas y otros vocabularios, han logrado extender el alcance de sus ideas.

Nuestra biblioteca atesora en su fondo documental una colección llamada precisamente "Darwin", en la cual se mantienen todos los textos producidos por el inglés en idioma original, más un buen número de biografías, análisis y comentarios escritos por otras plumas.

Y sí: también incluye traducciones. Una (pequeña) Babel de ellas.

Las hay al italiano —muchas— y al castellano, evidentemente. Pero llaman la atención los trabajos más "exóticos", por denominarlos de alguna forma. Como las traducciones de *El Viaje del Beagle* al coreano (1993, 2006) de Soon-Keun Chang, un científico emérito del Korean Polar Research Institute, que también escribió un texto propio (2003) sobre las teorías de Darwin desarrolladas a lo largo de su vuelta al mundo.

A los volúmenes impresos en el curioso alfabeto hangul se les suma la traducción de la autobiografía de Darwin —originalmente titulada *Memorias del desarrollo de mi pensamiento y mi carácter*— realizada por S. L. Sobol. Fue la primera al ruso, y fue publicada en Moscú en 1957 por la editorial de la entonces famosa Academia de Ciencias de la URSS. El Prof. Sobol tradujo para esa casa editora las obras completas de Darwin; para las *Memorias...* usó como base la versión microfilmada del manuscrito original, conservada en la biblioteca de la Universidad de Cambridge (Reino Unido).

Curiosamente, ese texto fue uno de los empleados para preparar la traducción al rumano, que también está en nuestra biblioteca, y que fue elaborada en 1962 por la Editorial Académica de la República Popular Rumana en Bucarest.

En el mismo estante, un poco más allá, se ubica una traducción al japonés preparada por todo un experto en Darwin y la teoría de la evolución: Yasugi Ryūichi. El trabajo fue publicado en Tokyo a inicios de la década de los 50' del siglo pasado y, como todos los libros nipones, comienza por lo que en Occidente se consideraría la cubierta trasera.

La mayor parte de los libros de la colección Darwin están dedicados a la Estación y autografiados por sus autores. Sabedores de que la biblioteca de la FCD es única en su género, han querido dejar una muestra de su trabajo —y de su amor por Darwin— recogida en sus estanterías.

Es labor de la biblioteca (entre muchas otras, cabe acotar) salvaguardar ese trabajo y divulgarlo. Hasta donde los límites impuestos por la mítica torre de Babel lo permitan, claro está.



#06

Todo está escondido en la memoria

El hombre, entrado en años pero con una vitalidad que ya querrían para sí muchos veinteañeros, caminó con nosotros el trecho que separa la biblioteca de la FCD de la entrada a la "Playa de la Estación". Estábamos entrevistándolo para nuestro programa de historia oral. Durante todo el trayecto fuimos charlando de tiempos idos, de gente que ya no está, de sucesos que quedaron grabados únicamente en algún rincón de su cabeza ya cana, de cosas dichas y hechas, de aventuras y desventuras, y de recuerdos a veces borrosos, otras no tanto.

Pasito a paso, risa tras risa, nos acercamos a la playa, y a las construcciones que allí se levantan.

"Allí estaba mi casa", señaló.

Un par de días antes nos había mostrado una foto de "su casa". Era un cuadrilátero sencillo, con un techo más simple aún. Había sido "su lugar" durante algún tiempo, y él guardaba muy buenos recuerdos de aquel rincón en las Galápagos en el que se había guarecido y en el que, quiero suponer, había parido ideas y proyectos, había lidiado con fracasos y problemas, y había ido desarrollando sus investigaciones académicas y su trabajo de conservación. Pues el hombre de quién les hablo es uno de los grandes nombres de la ciencia en Galápagos, un activo y respetado miembro de la FCD, y una de

las voces que han sobrevivido al paso de los años para seguir recordándonos, a los más jóvenes, de dónde venimos.

Básicamente porque si no conocemos nuestro pasado será difícil que entendamos en dónde estamos parados, o hacia dónde podemos dirigirnos.

"Allí, allí estaba mi casa", repitió, en un castellano teñido de acentos del norte. Y así era. En aquella explanada de piedra, en donde hoy se emplazan casas ajenas construidas mucho tiempo después, había estado ubicado su hogar. Pensamos que no quedaría ningún vestigio de aquellos tiempos. Nos equivocábamos. El hombre nos indicó que las dos enormes opuntias que aún clavan sus raíces en esa tierra áspera habían sido sus vecinas, sus compañeras de estadía.

Nos dirigimos a la más alta y añosa y junto a ella le tomamos una foto. Y cuando íbamos a hacer lo propio con la segunda, el hombre rió vivamente y apuntó a un pedrusco negro que asomaba a los pies de la planta, casi apoyado sobre su corteza parduzca y escamosa.

"¡Esa es mi muñeca!", exclamó.

Nos miramos, entre dubitativos y divertidos, pensando que la memoria le estaba jugando una mala pasada a nuestro acompañante. Aquella piedra semienterrada no era más que otro de los mil cascajos volcánicos que jalonan los alrededores de la Estación Darwin. El hombre nos miró, sonriente, quizás adivinando la duda en nuestras miradas, y se explicó.

En los viejos tiempos en los que él habitaba ese terrenito, había encontrado una enorme roca con forma femenina: un torso con cabeza, hombros y pechos bien marcados. La había apoyado contra la opuntia, que ya entonces se alzaba a la entrada de su casa, y allí la había mantenido. Era su "muñeca". Con el paso de los años, las obras de construcción de la calle que lleva desde Puerto Ayora a la Estación Darwin fueron arrojando escombros que terminaron cubriendo ese "busto", sin que nadie se percatara de ello.

Bastó jugar a los arqueólogos y apartar parte de esos escombros con el pie para descubrir, debajo de la cabeza, unos hombros. Y más abajo, el resto de la "muñeca". Nuestro interlocutor se carcajeó, complacido, y se tocó la sien, en una muda señal de que él sí recordaba aquello.

El hombre era Tjitte de Vries. Y su "muñeca" estuvo, está y seguirá estando allí, enterrada hasta el cuello, justo en la base de la opuntia que adorna la entrada de las primeras casas de la Estación Darwin.

Así funciona la memoria. A veces se agarra de los fragmentos más insospechados para revivir, a través de ellos, toda una época, toda una historia. A veces es caprichosa, y parece arrojarnos a la cara elementos que semejan irrelevantes, o simplemente anecdóticos. Pero no hay que descartarlos. Uno nunca sabe qué puede haber detrás de esos pequeños recuerdos.

Pues, como bien señala el cantautor argentino León Gieco en una de sus letras, "todo está escondido en la memoria / refugio de la vida y de la historia".

#07

En quechua. En esquimal

Uno va pasando el dedo por los lomos de los documentos que componen la colección de la Biblioteca de la FCD y se encuentra con un pequeño caleidoscopio lingüístico. Además del inglés y el castellano, los idiomas mayoritarios, muchos otros han hecho nido entre los viejos estantes de madera: desde el mandarín, el japonés y el coreano al ruso, el sueco y el alemán, pasando por el francés, el italiano y el holandés.

E incluso un par de lenguas indígenas.

Debido a la fuerte presencia en Galápagos de comunidades de migrantes de los pueblos Otavaleño y Salasaca, procedentes del área andina del Ecuador continental, es casi lógico que en nuestra colección contemos con un pequeño puñado —muy pequeño aún, lamentablemente— de trabajos que incluyen traducciones al quechua, kichwa o runasimi (literalmente, "la lengua humana" o "la lengua de las personas").

El libro *Siémbreme en tu jardín: jardines nativos para la conservación de Galápagos* (2017) es un excelente ejemplo de tales trabajos. En sus páginas, en las que se presentan fichas de plantas isleñas, se incluyen las correspondientes traducciones al runasimi. El título de la obra, en esa lengua, se lee *Kanpa sisapampapi tarpuway: Galapagos suyu kuskata kamankapak sisapampakuna*.

Contamos además con un libro totalmente impreso en runasimi, que refiere la llegada de Darwin a Galápagos: *Charles Darwin Galápagos yawatipi kashkamanta: 15 kuski killamanta, 20 wayru killakama 1835 watapi* (frase que, según mis oxidados conocimientos de kichwa, se traduciría como "Sobre la estadía de Charles Darwin en las islas Galápagos: desde el 15 de septiembre hasta el 20 de octubre del año 1835").

Finalmente tenemos un cuento infantil, *Sisa: descubriendo la diversidad cultural de Galápagos* (2013), con texto bilingüe castellano-runasimi.

Y hasta ahí creí que llegábamos. Cuál sería mi sorpresa cuando me encontré, esta semana, con un informe de la WWF titulado *Whales beneath the ice* (1986), cuyo texto está redactado en inglés... ¡e inuktikut!

La lengua inuktikut es hablada por los inuit —uno de los pueblos indígenas popularmente conocidos como "esquimales"— y cuenta con varias formas de escritura, dependiendo del grupo o "tribu" que la utilice. Los inuit que viven en las regiones de Nunavuk y Nunavik, en Quebec (Canadá), utilizan un sistema llamado *qaniujaaqpait*. Se trata de un silabario, es decir, un código en el cual cada signo representa una sílaba (como el caso del hiragana japonés).

La forma gráfica de cada signo es muy curiosa, y su historia, más aún. El sistema es la adaptación de una escritura desarrollada por el misionero James Evans hacia 1830 para las sociedades indígenas Cree y Ojibwe de Canadá y EE.UU. Otros evangelizadores llevaron esa idea al extremo norte de las Américas y allí, en las soledades del Ártico, la

usaron para imprimir los evangelios y poder transmitir las doctrinas cristianas a los "esquimales". El qaniujaaqpait consiste en una docena de grafos básicos a los que se cambia de orientación y se agregan símbolos anexos; de esa forma se logra representar toda la gama de fonemas del inuktikut.

Esas letras encontré una tarde de esta semana, mientras terminaba de deslizar mi dedo por los lomos de los documentos que componen nuestra colección bibliográfica. Y entendí que, más allá de la curiosidad y el asombro que esas lenguas y formas de escritura produzcan, resulta interesante que en nuestro repositorio de información contemos con tales muestras de la diversidad cultural de nuestra especie. Nos recuerdan que en este pequeño planeta que habitamos, los saberes se producen, circulan y reproducen en una multitud de medios, códigos y sistemas. Y, al mismo tiempo, nos permiten contemplar nuestra propia riqueza: la fantástica pluralidad de nuestras identidades, hablas y cosmovisiones.

Una pluralidad a valorar, cuidar y defender. Pues es equivalente a esa otra pluralidad, la biológica, que protegemos en la FCD cada vez que luchamos por evitar la desaparición de una especie. Porque sabemos que sin esos hilos (grandes o pequeños, tanto da) el tejido natural y cultural de nuestro mundo se terminaría deshaciendo.



#08

Una historia en una imagen

Sacar la diapositiva de la hoja plástica, que almacena en orden otras diecinueve. Echarle un vistazo a las notas apiñadas en los bordes del marco plástico (o de cartón, o de vidrio, o de metal), a veces garrapateadas directamente sobre el material, a veces escritas sobre etiquetas que a duras penas se sostienen allí, a veces mecanografiadas en pedacitos de papel pegados con cola o con una cinta adhesiva que ya tiene un preocupante color marrón...

...y luego mirar la imagen a contraluz para intentar adivinar en qué sentido se está sosteniendo la fotografía, al derecho o al revés, cabeza arriba o cabeza abajo...

...y a continuación colocarla sobre aquel artilugio de los años 60, recuperado de un rincón del Archivo en donde algún brillante colega pretérito lo guardó porque sabía que en algún momento del futuro sería útil: una caja metálica con una superficie plástica blanca, fina y traslúcida bajo la cual un par de lámparas iluminan con toda su potencia...

...y acercar el rostro a la diapositiva, y poner entre el ojo derecho y la película aquel otro artilugio, igualmente heredado e igualmente hallado en el Archivo, una suerte de lente de aumento enorme...

...y solo entonces, y recién entonces, descubrir la imagen.

Y darme cuenta de que en mi lugar hubo un día —hace años, hace décadas— alguien que tuvo delante eso que yo estoy viendo ahora, en vivo y en directo, y decidió plasmarlo, guardarlo más allá de sus retinas para que otros pudieran ver lo que ella o él estaban apreciando. Para que esa imagen, y la historia que la foto representaba, no se perdieran.

Porque siempre hay una historia detrás de una imagen: eso es algo que sabemos todos aquellos que nos dedicamos a preservar el pasado y el presente para que el futuro pueda conocer nuestras andanzas. No importa si es la instantánea de un paisaje o una simple y melancólica foto-carnet: en esos cielos, en esos ojos, en esos animales, en esos grupos de amigos que se abrazan y sonríen a la cámara, hay una o varias historias.

Y en ocasiones —en contadas ocasiones— la imagen es el resumen de una larga historia, o de la suma de muchas de ellas.

Es el caso de la fotografía que estoy compartiendo con esta carta: una diapositiva que rescaté hace un tiempo de una de las carpetas de la colección audiovisual de nuestro archivo, y que me dejó con la cara pegada un largo rato al lente de aumento y a la pantalla luminosa, sonriendo, hasta que el calor de las lámparas me hizo apartar el rostro.

Entre los miles y miles de diapositivas que ya hemos revisado para preparar el programa de digitalización de nuestros fondos audiovisuales he encontrado numerosas imágenes que recogen distintos momentos del programa de cría de tortugas gigantes en

Galápagos, e inmortaliza a muchos de sus artífices, participantes y colaboradores, tanto del Parque Nacional Galápagos como de la Fundación Charles Darwin.

Pero creo que esta condensa en sí todo ese programa, todo ese proyecto, todas las ideas que impulsaron ese trabajo, todos los deseos que le dieron alas. Ver esa pequeñez encima de esa enormidad, y saber que gracias a nosotros, a nuestra labor, la primera podrá tener al menos una oportunidad de convertirse en la segunda, es absolutamente emocionante.

Es toda una historia de esperanzas y esfuerzos —y la promesa de otra historia, la de una vida tortaguesca en algún paisaje galapagueño— metidas en un colorido rectángulo de film de tres por cuatro, y almacenadas con miles de otras historias que esperan a ser descubiertas, recordadas y revividas...

...para convertirse en eslabones de otras historias, que quizás sean recogidas en otras imágenes.

[La diapositiva, cuya autoría aún no ha podido ser confirmada aún, fue utilizada en un programa de la WWF titulado "Galapagos: The islands at the end of the world", y formaba parte de aquellos conjuntos de diapositivas que, junto a un guion escrito y, a veces, varios casetes de audio, eran distribuidos por la organización hace al menos 40 años con fines de educación y concientización ambiental].



#09

Un corazón verde

A veces me cuesta entender la letra. Echo mano de mis oxidados conocimientos de paleografía, pero ni así. Y es que algunas de las caligrafías que tapizan —como una alfombra de apretados garabatos— las páginas del manuscrito que estoy transcribiendo semejan jeroglíficos, o algunas de esas exóticas escrituras aún por descifrar: esas que solo sus escribientes son capaces de entender.

Y son docenas de caligrafías distintas en un único cuaderno. Un cuaderno grande, viejo, atacado por insectos que a punta de mordiscos fueron tallando un sinfín de surcos en sus hojas. Llegó a mis manos en 2018, al revisar (no podía ser de otra forma...) un puñado de cajas humedecidas, cargadas de papeles descartados. Recuerdo que de su interior cayó la foto que acompaña a esta entrada: una lechuza que, según reza la nota en el dorso, fue captada por Tjitte De Vries. El documento resultó ser un *guestbook* o libro de visitas: una suerte de improvisada "bitácora" en la que cerca de un centenar de manos apuntaron resúmenes de otras tantas investigaciones y trabajos realizados en isla Isabela entre 1969 y 2003, tanto por la Fundación Charles Darwin (FDC) y sus científicos visitantes como por el Parque Nacional Galápagos.

Este cuaderno que tan a duras penas estoy transcribiendo, y que en sus noventa páginas contiene unos treinta años de historia de la ciencia y de la conservación en el archipiélago, fue el libro de visitas de "El Corazón Verde".

"El Corazón Verde" fue una casa que la FCD levantó y mantuvo en el barrio La Esperanza de la localidad de Santo Tomás, en la parte alta de la mayor de las Galápagos. Fue construida a pedido de Jacinto Gordillo, representante de la FCD en Isabela desde julio de 1966. Con el apoyo de Roger Perry y Tjitte De Vries —director y subdirector de la FCD, respectivamente—, en 1967 comenzaron a reunirse materiales para la construcción y, para octubre de 1969, la casa fue oficialmente inaugurada. El lugar quedó al cuidado del propio Jacinto Gordillo y de otro personaje emblemático en la historia de la FCD: Arnaldo Tupiza, guardia del Parque Nacional, y el carpintero que levantó la estructura (junto con otro guardia, Antonio Constante).

El espacio fue concebido como un "albergue de la ciencia": una base de operaciones y refugio para todas las expediciones científicas desarrolladas en Isabela. Como anotó De Vries...

CORAZON VERDE stays for a centre of scientific and conservational activities. That this heart is still green signifies the hope: conservation without hope is blind, science without hope is lame.

["El Corazón Verde" es un centro de actividades científicas y de conservación. Que ese corazón todavía esté verde significa la esperanza: la conservación sin esperanza es ciega, la ciencia sin esperanza está coja].

En las páginas del *guestbook* quedaron reflejadas las diferentes visitas, con las actividades realizadas y las correspondientes fechas y firmas. Tales apuntes fueron

realizados en inglés, a veces. En español, otras. Y las más, en un castellano recién aprendido, esforzado y simpático, aunque algo difícil de interpretar.

Especialmente si a la gramática deficiente y a la loca ortografía se le suma la maldita caligrafía.

[Hay ejemplos honrosos, como la entrada del día 30 de septiembre de 1987, de un científico cuyo nombre me ahorraré, el cual, después de escribir media página en "castellano" sin un solo acento, los agregé luego... con otra tinta.

Y hay ejemplos deshonorosos, como textos plagados de gruesos errores de ortografías escritos por investigadores hispano-hablantes].

Más allá de constituirse en un documento especial, registro de varios descubrimientos e ideas originales, y testigo de eventos como la erupción del Cerro Azul en 1979, el terrible incendio de marzo de 1985, la delimitación de los terrenos del Parque Nacional o la construcción de un refugio en Sierra Negra, el cuaderno compone un inventario de lo que significa el verdadero trabajo de campo: el cansancio, los largos viajes, la suciedad, las cucarachas y niguas, la lluvia, la humedad, las ampollas, la ropa desgastada, el trabajo repetitivo y aburrido... Lo dejan en claro un montón de pequeños guiños, incluidos aquí y allá en los distintos testimonios.

[También queda clara la importancia de una cerveza fría o de un buen ron].

He aquí algunos ejemplos:

Enero de 1971

Agradezco mucho a el Sr. Gordillo y los Sres. Tupiza y Cartagena para todo: reflectando desde la sopa de tomate de arbol por Alemania, los días en las faldas de Fernandina y Cerro Azul, el meeting en Marchena, hasta las alegres fiestas.

Julio de 1977

Cinco daneses estuvieron aquí realizando colecciones de plantas. Después de dos días con garúa tan espesa como sopa de arvejas en la caldera logramos ver la vista fantástica. El resultado de la colección fue muy excelente — y la estadía aquí y la expedición a Sierra Negra fue un éxito total, gracias al señor Tupiza, quien nos ayudó lo más posible. ¡Excursión y vacaciones al mismo tiempo!

Julio de 1979

The shelter provided the best, dry moments in the past 5 days. A tip to future travelers to the crater: watch out for fending macho bulls.

[El albergue nos proporcionó los mejores momentos secos de los últimos cinco días. Nota para futuros visitantes del cráter: cuidado con los toros que se defienden].

Diciembre de 1979

Viajar cincuenta kilómetros a pie fue algo muy cansado. Pero todo lo visto en Volcán Chico, Pampas Coloradas y todo el camino vale la pena cualquier cansancio.

Junio de 1982

Otro día estuvimos en Sierra Negra — que por cierto para mí fue muy negra la caminata debido a mis zapatos estrechos

Noviembre de 1985

[En la lista de integrantes de una expedición]

Además: varios caballos, volquetes, cucarachas, perros domésticos y salvajes, y niguas.

Septiembre de 1987

Ha sido un placer, poder asistir a una becaria de la PUCE, la señorita [...], en su trabajo de entomología, aunque solo me utilizó para hacer hoyitos y poner sus milagrosos vasitos y mantenerme 5 días completamente sucio.

PD: Gracias a [...] por las cervezas

El cuaderno de visitas de "El Corazón Verde" deja testimonio de la excelente labor realizada por los cuidadores de la FCD, y por colaboradores como Pedro Cartagena, sobre los que volveré a hablar en este espacio. Pero, por sobre todas las cosas, es una

demostración de trabajo científico y de amor por un pequeño rincón del mundo que no dejó insensible a nadie.

I wish it to be a pleasant process before this heart is ripe.

[Confío en que el proceso de maduración de este corazón sea placentero]

Tjitte De Vries, 31 de octubre de 1969



#10

Un baúl de los tesoros

—Encontramos un baúl enorme en el hueco de una escalera. Nadie recuerda quien lo puso allí. Parece que tiene cintas de video dentro. ¿Te lo traemos?

Parece que una de las funciones del coordinador de un archivo —como el de la FCD— es recibir este tipo de noticias. Y de preguntas.

Debo confesar que semejantes anuncios siempre me llenan de alegría. Me gusta pensar que esos documentos que aparecen "sorpresivamente" en lugares no atendidos antes son sobrevivientes de épocas pasadas que han permanecido agazapados en la sombra por años, esperando que se dieran las condiciones adecuadas para resurgir. Gestionar un archivo implica, entre otras cosas, recibir a esos sobrevivientes con los brazos abiertos y, como un buen huésped, ocuparse de su bienestar y dedicar un tiempo a dialogar con ellos.

Pues, en general, tienen muchas historias que contar.

Me traen, pues, el baúl, que efectivamente resulta ser enorme y pesa como un ataúd. Es negro, plástico, tiene seguros metálicos oxidados, hilos y etiquetas de aerolínea atados al asa, y letras blancas pintadas con *stencil* sobre la tapa. Las letras señalan que aquel contenedor fue en algún momento propiedad de Elizabeth Pillaert, una científica

de renombre que no pisa la Estación Científica Darwin desde hace al menos década y media.

Abro el baúl como, asumo, Carter y Carnavon abrieron la tumba del rey Tut a inicios del siglo pasado: con la respiración contenida, y deseando recibir una sorpresa. Sé, porque ya he recibido el maldito *spoiler*, que adentro hay cintas de video. Pero... vaya uno a saber cuáles, de qué tipo, de qué épocas, en qué formato...

Y, claro, recibo mi sorpresa.

[Probablemente los archiveros somos muy proclives a asombrarnos con facilidad. O puede que la vida, compadeciéndose de nosotros por todas las horas que pasamos entre papeles viejos, insectos y polvo, nos recompense con sorpresas auténticas]

Dentro de aquel envase plástico hay decenas y decenas de videocasetes. Cientos, probablemente, apilados uno encima de otro. Estoy seguro de que fueron arrojados allí por alguien que necesitaba almacenar todos esos registros en algún sitio y reutilizó la "propiedad de Elizabeth Pillaert" para tratar de protegerlos. Lo más curioso es que, coronando aquella montaña de cintas, hay dos chanclas negras de goma. Un toque de distinción.

Echo un vistazo por encima y empiezo a entender que frente a mis ojos y a mis manos tengo un enorme ejercicio de arqueología de los medios o *media archaeology*: el estudio de la historia de los soportes audiovisuales y de información. Una apasionante sub-

disciplina de la archivística y la bibliotecología que se ocupa de seguirle los pasos a la evolución de las fotografías, las diapositivas, las películas, las grabaciones de audio, los disquetes y CDs...

Voy mirando etiquetas al pasar. Aquello es un baúl de los tesoros, una suerte de cápsula del tiempo a través de la cual me llegan un montón de retazos audiovisuales del pasado: trabajo hecho por los científicos de la FCD y por el área de comunicaciones, por los programas de educación ambiental...

El inventario inicial arroja 425 elementos. De ellos, más de 300 son videocasetes y mini-videocasetes de distintos tipos (8 mm, Hi8, metal), incluyendo marcas como Sony, TDK, Fuji, HG, Panasonic o Maxell. El resto son unidades DAT, unidades Data Cartridge, rollos de audio, mini-CDs, unidades Jaz, unidades Zip, unidades Optical Disk, y varias más.

Todavía no sé cómo voy a visualizar todos esos materiales: cada tipo precisa de un reproductor propio, que evidentemente no poseo. De momento no podré sentarme a dialogar con ellos, pues. Me toca entonces recibirlos, limpiarlos, revisar y reparar posibles roturas, identificarlos, organizarlos e ir reconociéndolos de a poco.

Todo un ejercicio de arqueología de los medios. Uno que, estoy seguro, me brindará muchas sorpresas más.



Fundación
Charles Darwin
Foundation
GALAPAGOS